

De la oralidad a la escritura: mujeres indígenas de Guerrero por una historia propia

Laura García Coudurier y Deidre Rodríguez

Si algo nos ha enseñado la historia es que el registro de los acontecimientos es en sí mismo una forma esencial de poder. No en vano dice Jacques Le Goff que apoderarse de la memoria (y, por lo tanto, del olvido) ha sido, históricamente, una de las preocupaciones centrales de los grupos dominantes, y es que ¿hay algo más poderoso —entre lo vertiginosamente fugaz de lo posmoderno— que la perennidad de lo escrito?

Pero en una sociedad profundamente desigual como la nuestra, la escritura es un bien poco democratizado. Personajes emblemáticos de la historia del feminismo como Rosario Castellanos —y ya no digamos Virginia Woolf—, por ejemplo, estaban bien al tanto de que con el privilegio de la masculinidad viene el de la educación y por ende el de la escritura. Más aún, lo privativamente masculino de la escritura no es, como nos gustaría, cosa del pasado: la reciente controversia suscitada en el ámbito editorial a raíz de las cifras reveladas por Fernando Escalante que muestran el contraste entre el número de artículos escritos por hombres y mujeres en dos importantes revistas nacionales es un ejemplo muy ilustrativo.¹ Escribir en nuestra sociedad es siempre una forma de poder, y las integrantes de la Coordinadora Guerrerense de Mujeres

¹ El 26 de septiembre de 2010, en el diario *La Razón*, Fernando Escalante publicó un artículo criticando la escasa participación de las mujeres en *Nexos* y *Letras Libres*. A partir de ahí, la revista *Nexos* y su blog han seguido el debate. Ver, por ejemplo, el artículo de Catalina Pérez Correa "Lugares comunes para discriminar", publicado en enero en la misma revista.

Indígenas (CGMI) están conscientes de ello. Pero no siempre lo estuvieron, y una de las grandes riquezas de este libro radica en eso: en su capacidad para retratar, desde sus orígenes, un largo proceso de concientización y toma de poder del grupo de mujeres que la conforman.

Este proceso parte de encontrar una voz común para manifestar sus demandas, conocerse y desarrollarse como líderes y negociadoras desde el espacio privado del hogar hasta fuera de sus comunidades, y se condensa de lleno en la escritura de la historia de la coordinadora. Coescrito y coordinado por las mismas mujeres que integran la organización y por una investigadora de la Universidad Autónoma Metropolitana, conformado por trece testimonios, dos capítulos de análisis y una breve pero puntual reflexión final sobre logros y retos pendientes, *La Coordinadora Guerrerense de Mujeres Indígenas. Construyendo la equidad y la ciudadanía* es un libro que, independientemente de sus bastas aportaciones académicas, tiene el valor de haber nacido del encuentro de las mujeres con la urgencia de narrarse ellas mismas; volver la vista atrás para recordar el camino andado, definir el camino por andar y reconocerse como personas asertivas y autónomas.

La historia de la coordinadora está escrita desde un lugar de triple desigualdad: de clase, de género y étnica, y revela un mundo desconocido para la mayoría de las personas que tienen acceso a este libro. El proceso de lucha por conformar la organización surge en un México arraigado en la marginación y la exclusión social donde habitan cuatro pueblos indígenas: el mixteco, el nahua, el tlapaneco y el amuzgo. Es precisamente a partir de la conciencia de su triple desigualdad que están escritos los testimonios de las trece mujeres que dieron un salto imposible para rebelarse, resistir y, como ellas lo describen, "liberarse del miedo" y "liberar los pensamientos".

Además de apoyar los movimientos indígenas reivindicativos de la zona, las promotoras de la CGMI encontraron que compartían su inclinación por ayudar a otras mujeres y una preocupación común por la situación que vivían todas al interior de sus comunidades. Enemesia Morales, por ejemplo, encontró el impulso necesario para iniciar su trabajo activo con

mujeres cuando escuchó que se llevarían a cabo unos foros y un diagnóstico sobre mortalidad materna:

Siempre iba yo de paso a meter la boca por las mujeres, entonces, yo vi que eso era algo muy importante. Entonces, decía yo que si llegaran a dar las casas de salud, pues esto iba a tomar otro rumbo ¿no? Y lo que más me impulsó a mí, es que ellas expresaban sus demandas y las decían ahí. Entonces, dije: "esta es la oportunidad que yo debo de aprovechar, aquí puedo traer todo, todo lo que está pasando en la comunidad" (276).

Este fue el inicio. En retrospectiva, parece muy natural que se hayan unido para formar un núcleo que las fortaleciera, pero siempre los procesos transformadores se viven de forma distinta: en territorios desconocidos, el camino está lleno de incertidumbre. Sin embargo, las mujeres de la coordinadora comparten una fortaleza interior que las impulsó a seguir luchando a pesar de los riesgos. Naturalmente, al comienzo no tenían articulada la forma en que conseguirían mejorar su situación, pero ¿quién la tiene? Los movimientos sociales son dinámicos y se construyen sobre la marcha.

De forma inesperada y tal vez inconsciente en un principio, una vez que comenzaron a participar en los movimientos de lucha social de sus comunidades, se vieron en la necesidad de abrir procesos más ambiciosos de transformación personal y al interior de sus comunidades. Muy pronto, las organizaciones mixtas de lucha comunitaria les quedaron chicas. La transformación que estaban buscando no sólo implicaría reclamar hacia afuera, sino negociar cambios hacia dentro. Así lo refleja el testimonio de Hermelinda Tiburcio:

Yo trabajaba con hombres, o sea, yo vengo de un proceso de organización de hombres, pues. No nací haciendo una lucha de mujer [...] En el camino fui rescatando y conociendo la cuestión de la mujer, pero yo vengo de una lucha más bien mixta.

En la lucha había mujeres, pero sólo en la cocina, no en toma de decisiones. Así era, había mujeres, pero había que hacer la comida, todo lo que era cuestiones domésticas. En la lucha siempre está la mujer ahí; aunque no se vea enfrente, siempre está atrás. Cuando yo llegué no entré así, yo era la que podía hablar con los funcionarios, hablaba el español y la gente no. Entonces, era la traducción, era hacer los papeles. Fui ganando un liderazgo por ese nivel, porque si no, también hubiera llegado a la cocina (261).

Era indispensable una ruptura profunda con los paradigmas que relegan a la mujer al espacio doméstico y la alejan de

las esferas de toma de decisión fundamentales. No se trataba únicamente de añadir a la lucha indígena un capítulo más, sino rehacer por completo un discurso para reivindicar a las mujeres desde el ámbito más íntimo de sus vidas y proponer alternativas de cambio sociales y políticas. Los intentos por alterar las estructuras de poder vigentes no pasaron desapercibidos, encontraron resistencias en el corazón mismo de la lucha indígena. "¿Para qué quieren otra organización si aquí está ésta?", le preguntaron a Brígida Chautla cuando decidió promover una organización de mujeres por fuera de la cooperativa mixta Zanzekan Tinemi. En ese sentido, el libro también pone de manifiesto que incluso entre sociedades que, cansadas de su marginalidad, trabajan por la reivindicación de sus derechos, existen grandes reservas cuando se les enfrenta con la posibilidad de reordenar los sistemas jerárquicos que las rigen. No obstante, es también a partir de esas resistencias que las mujeres de la coordinadora fortalecieron sus capacidades para negociar, convencer, exigir e independizarse. La creación de una nueva identidad de género para ellas —mujeres indígenas rebeldes y movilizadas— es consecuencia del camino tenso para romper con el silencio en un contexto de invisibilidad y profunda sumisión femenina. Fue con negociación y cabildeo que lograron redefinir sus ámbitos de agencia tanto al interior de su comunidad como a nivel político. La construcción de liderazgos femeninos fue, desde su nacimiento, uno de los objetivos centrales de la coordinadora.

Pero para constituirse en las líderes que son hoy en día, las mujeres de la CGMI tuvieron que superar obstáculos, defender sus ideas y pelear un espacio mínimo para lograr cosas tan primordiales como salir de sus casas y participar en actividades comunitarias. Como cuenta Felipa Riqueño:

Para mí eso fue como que yo fui ganando espacio, hasta que llegó el momento en que mi esposo me dejó de decir "no salgas". Para salir a los cursos de capacitación que se tenían fuera, yo tenía que pedir permiso y él me decía: "sí, te vas a ir, pero llévate a la niña, tienes que cargar con la niña, si no, no vas". Llegó un tiempo en que le dije "¿sabes? Yo ya no voy a salir, porque yo ya no quiero cargar con la niña". Entonces, me dice: "deja a la niña y dile a tu mamá que se venga aquí cuando tú no estés y que te cuide a la niña". "Ok", dije yo. Llegó un momento en el que le dije "¿sabes? Voy a un curso, me voy tal día y llego tal día". Y me dice: "está bien, vete" (355).

Paralela a la batalla "privada" con sus esposos, las mujeres de la CGMI tuvieron que lidiar con la reticencia de otras figuras de autoridad de sus pueblos para llegar a formar parte de instituciones estatales, competir por puestos políticos del fuero administrativo, representar a sus organizaciones en foros nacionales y dar voz a sus demandas en nombre del colectivo. También en este proceso las mujeres de la Coordinadora han hecho gala de sus habilidades de negociación y, sobre todo, de una gran capacidad argumentativa en el marco de una perspectiva de equidad género adquirida en un lapso muy corto de tiempo. En el testimonio de Delfina Benito nos damos cuenta:

Nos reunimos en la comisaría. Le hablamos al comisario y le digo: "oiga, vamos a dar un taller de derechos". A él no le gustaba muy bien y decía: "oiga, ¿de qué derechos?" "De la mujer, porque nosotras tenemos derechos", le dije. No nos habían dado a conocer los derechos y sí, teníamos derechos, pero no los conocíamos. El comisario dice: "andan buscando que el hombre ya no mande, ¿ya quieren mandar, entonces?" "No —le digo— tampoco mandar, no es que sea así, abusar, ¿verdad?".

No porque tengamos derechos nos vamos a saltar la barda. Nosotras queremos respetarlos a ellos y que nos respeten a nosotras (296).

Además de estar narrados con una sinceridad cautivadora, los testimonios de quienes conformaron la coordinadora tienen un sentido que rebasa lo emocional: son la manera en que estas mujeres se apropian de su historia y de la historia de la institución que han mantenido en pie durante más de diez años. Las entrevistadas hacen las veces de genealogistas de la CGMI. El apropiarse de su historia, narrarla en voz propia, es sumamente significativo en un contexto en el que la historia, y en particular la historia de los indígenas mexicanos, ha sido tradicionalmente narrada desde el punto de vista de los grupos dominantes —y orientada a justificar su dominación—. Las mujeres de la coordinadora, de una manera muy propia, están haciendo una especie de *historia a contrapelo* que brota de la experiencia misma, y esa experiencia es toda la autoridad que necesitan.

Dejar un testimonio escrito del desarrollo de la CGMI representa un escaño más en el proceso de empoderamiento de

las mujeres de la Coordinadora y resulta fundamental para la trascendencia de su labor. Por un lado, un libro como este nos grita que la escritura debe —y puede— dejar de ser privilegio de lo masculino y hegemónico, y empezar a hablar por todas y por todos. Por otro, nos deja ver que los alcances de una organización como la CGMI exigen dejar registro de lo sinuoso del camino, porque la subsistencia de la coordinadora es esencial para asegurar su impacto en el largo plazo. Como explica Martha Sánchez al hablar sobre las mujeres que se incorporaron, a varios años de su establecimiento, al proyecto de la Casa de Salud —promovido por la Coordinadora—: "Nosotras estuvimos coordinándola [la Casa de Salud], pero nunca escribimos sobre esos procesos y es preocupante, porque los años se fueron yendo y ahora las nuevas mujeres incorporadas no conocen cómo nació el proceso y cuánto cabildeo costó lograrlo, pero sobre todo qué objetivos le dieron vida".

"Una historia propia" dice Guillermo Bonfil Batalla, "no sólo es necesaria para explicar el presente, sino también para fundamentar el futuro. El futuro, en estos casos, es ante todo la liberación, la recuperación del derecho a decidir el propio destino" (2005: 229). La historia de la CGMI es reveladora de cómo las mujeres que la integran se ven a sí mismas y los cambios que reconocen en ellas. Hablamos de mujeres que saben que se han transformado y que con ellas han transformado a sus comunidades, pues conceden que su lucha por la equidad de género trae beneficios comunes a hombres y mujeres por igual. Esta transformación se refleja en sus reflexiones finales, en un párrafo con una estampa de quien se sabe ya otra:

No sabíamos muchas cosas; nos hemos dado cuenta de la importancia de conocer nuestros derechos, que la muerte materna no es "natural", que tenemos derecho a una vida libre de violencia; nos hemos dado cuenta de que nos amparan leyes nacionales e internacionales, que no hay derecho a hacernos a un lado en las decisiones sobre nuestra vida y nuestros cuerpos sobre la vida en nuestras comunidades, que la autonomía a la que aspiramos es para nuestros pueblos pero también para nuestras personas, que la lucha por los derechos colectivos no está peleada con la lucha por los derechos individuales. Todo eso nos ha dado mucha fuerza.

Pero el camino es largo y no se agota. La CGMI entrega, aparejado con su historia, un panorama de los retos que le

quedan por cumplir. Sabe que los procesos de cambio son lentos y que es necesario insistir, renovarse, perdurar; renovar a sus integrantes y construir entre las nuevas generaciones que formen parte de la Coordinadora una identidad sólida queda todavía pendiente. Este libro es sin duda un paso fundamental en el camino para lograrlo. Saber reconocer la causa particular desde la que se unen sus integrantes ha sido un gran acierto y una muestra de pluralidad asombrosa, pero inevitablemente representa un punto débil para la institución: cómo puede la Coordinadora construir un rostro propio sin sacrificar el de sus integrantes es todavía una pregunta vigente. La autocrítica y su capacidad de ubicar con precisión sus metas en el corto plazo es una de las virtudes de las integrantes de la CGMI.

Otra gran hazaña de las mujeres de la CGMI ha sido saber resistirse al sometimiento de sus compañeros de lucha inicial y separarse de las organizaciones mixtas sin abandonar la lucha por la identidad campesina, de clase y étnica que los sigue uniendo. Las fundadoras de la Coordinadora participaron en cursos de capacitación, encuentros nacionales indígenas y discusiones políticas importantes sin alejarse de la realidad de sus comunidades indígenas. Es precisamente por esto que la organización ha logrado construir un proyecto de mujeres capaz de trabajar objetivamente sobre su realidad. Así, han desarrollado con éxito programas contra la mortalidad materna y en pro de la salud de las mujeres indígenas de Guerrero, talleres de concientización de derechos de las mujeres y proyectos productivos y de procuración de justicia con la Policía Comunitaria, entre otros.

En ocasiones se ha sugerido "que las indígenas simplemente asumen la agenda feminista" de académicas que "las concientizan". En el caso de la Coordinadora, este tipo de crítica frecuente, y en ocasiones atinada, parece una implicación un tanto miope. Si bien es innegable la influencia del feminismo en el ordenamiento ideológico de la CGMI, no debe obviarse que este fue resultado de un diálogo entre las necesidades de las mujeres de la Coordinadora y las instituciones que las han apoyado desde el inicio. Que la CGMI adoptara —y adaptara— el feminismo a su discurso fue de alguna manera

algo muy natural debido a la especificidad de sus demandas que encontraban cauce en el ideal feminista, pero no debe perderse de vista que su lucha es ante todo una por la reivindicación de sus derechos humanos más fundamentales. Es decir, la inquietud sobre el sometimiento de las mujeres era una intuición presente en las mujeres de la Coordinadora, incluso antes de encontrarse con que sus demandas tenían nombre y apellido en la academia liberal. Además, como señala Gisela Espinosa, la agenda de la CGMI se nutre no sólo del feminismo, sino sobre todo de "los contextos culturales en los que transcurre la vida de las mujeres indígenas, sus problemas, preocupaciones, sus imaginarios sociales y reivindicaciones".

La historia de la CGMI parte de los márgenes para colocarse en el centro a través del trabajo solidario, la resistencia, la negociación y mucha valentía. Su labor repercute en varios niveles. Por un lado, las mujeres de la Coordinadora en lo individual han logrado apropiarse de sus cuerpos y reconocer como legítimas sus necesidades y deseos, y lo están haciendo extensivo a otras mujeres. Por otro lado, han logrado visibilizar sus demandas no sólo en el seno de sus comunidades, sino en el marco más amplio de la lucha indígena: su lucha es la lucha indígena. La CGMI es un agente de cambio activo que ha generado transformaciones profundas tanto en mujeres como en hombres, que en el largo plazo seguramente serán mucho más evidentes. Sin duda encontraremos en ellas el material necesario para otro libro —un segundo capítulo en la escritura valiosísima— de una historia propia •

Gisela Espinosa Damián, Libni Iracema Dircio Chautla y Martha Sánchez Néstor (coords.): *La Coordinadora Guerrerense de Mujeres Indígenas. Construyendo la equidad y la ciudadanía*, UAM Xochimilco, México, 2010 (Colección Teoría y Análisis).

Bibliografía

Bonfil Batalla, Guillermo, 2005, "Historias que no son todavía Historia", en *Historia ¿para qué?*, Siglo XXI editores, México.